

La tarde era apacible; las brisas frescas cruzaban sobre el mar llevando á la abrasada costa su aliento consolador. Detrás de las montañas se habia ya hundido el sol, dejando en las nubes que flotaban en el Occidente, el reflejo de sus rayos en los encendidos colores que las matizaban.

Morgan se sintió poeta cuando se sintió enamorado. El hombre del mar, que jamás habia visto en el cielo, en el sol y en las nubes, mas que el anuncio de la tempestad ó la esperanza de buen viento, contempló aquella tarde el celaje y las montañas que se dibujaban en el horizonte, con una belleza que nunca les habia encontrado.

El pirata estaba al lado de Doña Marina, y sin embargo, no se atrevia á hablarla; por fin, hizo un esfuerzo, venció aquella timidez, que tan nueva era para él, y le dirigió la palabra. Doña Marina le habia observado en silencio.

—Señora—dijo Morgan—¿quereis decirme, quereis explicarme lo que me pasa? Sois para mí la mas hermosa de cuantas mujeres he encontrado en mi vida; mi corazon se ha encendido al encontraros; vuestros ojos me atraen y me deslumbran; al tocar vuestra mano, todo mi cuerpo se ha estremecido de una manera extraña: el cielo, la costa, los mares, la luz, todo me parece mas bello desde que estais á mi lado. Quiero hablaros, y apenas me atrevo; ardo en deseo de acariciaros, de teneros entre mis brazos, y estoy mas tímido que un ciervo en presencia del águila. Decidme, señora, ¿cómo se explica esto? Yo sé que vosotras las mujeres de las Indias teneis filtros, y venenos, y amuletos, y hechizos, con los que dominais á los hombres; yo sé que por medios maravillosos dominais la voluntad, mandais el corazon, infundís la pasion, daís la muerte con el amor. Decidme, señora, ¿habeis usado conmigo de algun hechizo? ¿por qué os amo ya tan pronto, y por qué os respeto? porque

## XIV.

## En lucha.....

MORGAN estaba fuertemente impresionado; cada palabra, cada movimiento de Doña Marina, le parecian un encanto, y desde aquellos momentos no pensó sino en ella, y se creyó feliz con tenerla en su poder.

El pirata no podia ni figurarse siquiera que aquella mujer tuviera la mas leve esperanza de resistir sola, sin amparo de ninguna especie, en el mismo navío en donde sus deseos eran una ley suprema que nadie se hubiera atrevido á desobedecer, y con un hombre dotado de una voluntad tan firme y de un carácter tan resuelto, que hacia palidecer bajo su mirada á los mas audaces aventureros.

Indudablemente que lo menos en que pensó Morgan fué en encontrar resistencia en aquella mujer. Pero precisamente esa idea era la que habia encontrado Doña Marina como el ancla de salvacion.

Morgan y Marina llegaron al navío «Almirante.»

siento hácia vos lo que no he sentido por ninguna otra mujer.

—Señor, las mujeres de mi patria se hacen amar de los hombres por el brillo de sus ojos, por el fuego de sus miradas, y sobre todo, por la grandeza del amor que sienten ellas mismas; nosotras amamos, señor, como se ama en las selvas, como ama una naturaleza virgen y vigorosa; porque tambien los hombres de nuestra tierra aman como no aman los hombres de todos los países; por eso gozan en sus amores lo mas sublime del placer; porque esperan, señor, hasta que el alma esté verdaderamente apasionada; porque no confunden, señor, el deseo con el amor: por allí el alma se confunde con el alma, y no para olvidarse ni para sentir el hastío del pasajero anhelo satisfecho, sino para formar un lazo eterno, indisoluble, que se estrecha mas y mas cada dia. No hay hechizos, no hay amuletos; no hay mas que amor, y no mas amor.

—Señora—contestó Morgan—hermosas mujeres de todos los países han llegado á mi bajel y me han dado su amor, y nunca he sentido por ellas lo que por vos: si es verdad, si no teneis esos hechizos que nos cuentan, ¿qué debo pensar, señora?

—Almirante—exclamó de repente la dama—¿creeis en Dios?

Morgan quedó como sorprendido de aquella pregunta tan intempestiva, y á su parecer tan extraña á la conversacion.

—Respondedme—insistió Doña Marina—¿creeis en Dios?

—¿En Dios?

—Sí, en Dios, en Dios; en ese Dios que tiende sobre nuestras cabezas ese cielo, alumbrado por el sol ó sembrado de estrellas; en ese Dios que calma ó levanta las tempestades en los mares; en ese Dios que penetra con su mi-

rada en el seno profundo de la tierra y en el secreto recinto de nuestro corazon: ¿creeis en Dios?

—¡Oh! ¿y quién que ha vivido como yo en los mares, quién que ha sentido el aliento de las tormentas y el eterno vaiven de las ondas, puede dejar de creer en Dios? Creo, creo, señora; ¿pero por qué me preguntais eso?

—Os lo pregunto porque Dios es el solo capaz de haberos inspirado por mí ese respeto, ya que sentís en vuestro corazon esa pasion de que me hablais; porque El, que mira mi aislamiento y mi desgracia, siembra en vuestra alma la semilla de mi salvacion.

—¿Quiere decir, señora, que no me amareis nunca? ¿quiere decir que nunca sereis mia por vuestra voluntad?

—Quiere decir, señor, que vos sereis feliz consiguiendo mi amor con vuestro amor, y no arrastrándome á vuestros piés como una esclava comprada en el mercado; quiere decir, que vereis en mí á la mujer cuyo corazon y cuyo cariño debeis conquistar con la ternura, no el instrumento vil de un placer momentáneo; quiere decir, que me elevareis hasta hacer que os ame, y no me degradareis hasta olvidar que soy una dama; quiere decir, en fin, que sentireis por la vez primera ese deleite espiritual que no habeis conocido hasta ahora, el amor puro que todo lo purifica, en vez del mundanal goce que todo lo ensucia y lo corrompe.

—¿Y me amareis así?

—Puede ser; vuestro corazon es grande y noble, vuestras hazañas vuelan por todas partes en alas de la fama: si vos llegáseis á amarme á mí como yo deseo, señor, os adoraria.

—Seria para mí la suprema felicidad—exclamó Morgan pasando un brazo en derredor del cuello de Doña Marina y procurando atraerla para darla un beso.

—¿Tan pronto?—dijo la dama retirándose con modestia.  
—¿Tan pronto quereis que ya os ame? ¿que consienta por amor y por cariño en ser vuestra? ¡Oh! esperad, esperad algun tiempo; ganad primero el corazon, encended la pasion en el alma; yo os aseguro que los goees que os esperan, compensarán el pequeño sacrificio que os exijo.

—Pero, señora, si mi alma se abrasa, si mi corazon quiere romper el pecho, si mi cerebro arde, si un minuto es para mí un siglo de penas.....

—Entonces, ordenad; soy vuestra esclava, vuestra prisionera; á todo estoy resignada; pero no esperéis encontrar en mí á la mujer amable que reciba y devuelva embriagada de placer vuestras caricias; no esperéis hallar una alma que se confunda con la vuestra; no esperéis escuchar de mis labios esas palabras dulces, esas frases que encantan; no esperéis que os llame «amor mio,» «mi bien,» no: resignada estoy al sacrificio; pero encontrareis, señor, á la víctima que gime, que suspira, que pide la venganza del cielo contra su verdugo; encontrareis á la dama ofendida, humillada, envilecida, que os aborrecerá desde lo íntimo de su corazon, que os maldecirá con todas las fuerzas de su alma, que os despreciará porque habeis abusado de vuestra fuerza..... Elegid, señor; sois vos el amo y yo la esclava.

—Señora—exclamó Morgan levantándose—no sois la esclava; yo no puedo resistir á esas palabras que jamás habia oido: me mostrais el cielo, no quiero cerrarme las puertas; esperaré, y lucharé para alcanzar. ¿Me llegareis á amar?

—Esperad, señor, si quereis á la dama y no á la esclava.

En este momento los comisionados que volvian de la costa, llegaban en el bote y tocaban el costado del «Almirante.»

—Señora—dijo Morgan—os dejo, y espero ganar vuestro corazon.

—Dios lo quiera, porque me siento capaz de amaros con toda mi alma.

Doña Marina tendió majestuosamente su mano, y el pirata besó con respeto la punta de aquellos lindos dedos y se apartó conmovido.

—¡Gracias, Dios mio!—dijo Doña Marina alzando sus ojos al cielo; ¡gracias otra vez! ¡tú solo no me abandonas!

Las naves se dieron á la vela llevando el rico *tributo de guerra* que habian pagado los desgraciados habitantes de Portobelo, y se dirigieron á Jamaica, tocando antes en la isla de Cuba.

Morgan estaba cada dia mas apasionado de Doña Marina, y cada dia la dama sostenia una nueva lucha con el pirata. Aquel hombre, acostumbrado á no encontrar jamás obstáculo, nada habia conseguido del amor de la indiana: algunas veces raptos de furor le acometian, y se encontraba capaz de todo, y se irritaba del papel que la jóven le hacia representar; pero una frase, una mirada, una caricia cuando mas de Doña Marina, calmaban aquel rebelde corazon.

Morgan era un leon prisionero en una red de seda.

Afortunadamente para Marina, la llegada de los navíos á Cuba y á Jamaica, la reparticion del botin entre todos los que habian tomado parte en la expedicion, el pago de lo que adeudaban los piratas á los comerciantes ingleses de Jamaica, y los preparativos para una nueva empresa, cuyo objeto era la toma y saqueo de la ciudad de Maracaibo, ocupaban de tal manera la imaginacion del almirante, que apenas tenia tiempo que dedicar á sus amores.

Cuando alguna de aquellas graves ocupaciones permitia á Morgan visitar á Doña Marina, á quien no habia permi-

tido salir del navío almirante, la dama le recibía con tanto cariño, con tanta ternura, mostraba tan honda tristeza por las penas del almirante, que éste se sentía desarmado.

Doña Marina y Morgan pasaban entonces largos ratos conversando; la jóven le refería sus infortunios, le hablaba de su patria, de su niñez, con tanto sentimiento, que el pirata no podía menos de conmovirse, y la acariciaba con un aire verdaderamente paternal.

Casi se había acostumbrado el almirante á ver en aquella jóven una hija.

Un día, al despedirse Morgan, Doña Marina tomó la mano del pirata, la besó con respeto, y le dijo conmovida:

—¡Adios, padre mio!

Morgan se volvió rápidamente, y miró los ojos de Doña Marina húmedos por el llanto.

—¿Vuestro padre?—exclamó—¿me llamais vuestro padre?

—¡Oh! sí, señor; perdonadme si os ofendo: sois tan bondadoso, tan tierno, tan noble con esta pobre mujer, que miro en vos mi amparo, mi padre, mi Providencia; todo, señor, todo; ¿os ofendeis?

—¡Nunca, hija mia!—contestó conmovido el almirante—¡nunca! Yo no sé lo que me pasa con vos; os amé al conoceros, y quise gozar vuestra hermosura, como he gozado la de tantas mujeres; me hablasteis, y nació en mi alma otro sentimiento, desconocido para mí, y quise ganar vuestro corazón: los días han pasado; tuve lástima de vuestra debilidad y de vuestro aislamiento; os tuve lástima, señora, porque conocí que me teníais miedo, y una ternura infinita sucedió en mi corazón al fuego devorador que le abrasaba: aun no dejo de amaros, aun mi carne se rebela contra mi espíritu; pero ya me encuentro fuerte para respetaros; me habeis llamado padre y estoy desarmado. Doña Marina, sereis

mi hija, así os lo prometo: ¡tórtola que busca abrigo bajo las alas del águila, tú lo encontrarás! me siento capaz por tí de ser noble y generoso; pero cuida de tus palabras, de tus acciones, porque si vuelve á encenderse este fuego, seré incapaz de contenerme, lo conozco, y entonces, ¡ay de tí!

Doña Marina dió un grito de júbilo, y cayó á los piés del almirante, besando su mano y exclamando con todo el corazón:

—¡Padre mio! ¡padre mio!